



CUANDO DUERMAS, CANTARÉ

Krishna Monteiro. Traducción: Paola Velasco

*A los gallos de pelea, a los halcones de caza
y a todas las aves que, por las manos del hombre,
han sido forzadas a las lides guerreras,
también será posible armarlas como caballeros.*
Tratado medieval de halconería y otras artes, 1386

Pisó en la arena y notó con aprensión que el otro llevaba espuelas curvas, como espadas moras. Férrea, brillante, puntiaguda, la coraza de su oponente cubría toda la extensión de la cabeza y los miembros inferiores. Pensó en sí mismo, en sus armas. Pensó también en la razón por la que las manos en las gradas estaban tan inquietas: levantaban nubes de polvo, se debatían y apuñalaban el aire, en nada parecidas a aquellas que, en otros tiempos, iluminadas por las llamas, hacían nacer pájaros negros sobre la tela de una pared blanca. Ellas, las manos, siempre lo intrigan. “Además de volar creando aves con plumas de sombra, las manos también gritan como cuervos. Deben ser sus hermanas”, piensa. Los gritos de la tribuna crecen alrededor, el otro lo provoca, agitando de derecha a izquierda su capa y la cola multicolor. Pero no caerá en esas artimañas. Se limita a seguir a su doble con movimientos pendulares del cuello, protegiendo el flanco, blandiendo armas, levantando el ala derecha como un escudo o una barrera, edificados justo arriba de la línea de la cabeza. “Cuidado con la cabeza”, decía Concepción. “Si la aguja la pica, nuestro esfuerzo no valdrá de nada.” Recuerda cómo Concepción y el niño daban cuidadosos golpecitos al cascarón con la aguja, contorneando su cráneo y evitando herir las vértebras de la columna, al tiempo que se iba quebrando y rompiendo la resistencia de la cáscara donde se encontraba.

Miraba, sumergido, cómo la totalidad de aquello que le era familiar estaba a punto de fragmentarse, despedazarse. La coraza se astilló. El líquido escurrió. La primera respiración penetró en la raíz de sus pulmones. Apoyó por primera vez los pies, tambaleantes, sintió las palmas de dos

manos anidándolo y levantándolo hasta la mujer de los cabellos-plumas-gris-plata. Lo conducirían –todo brillaba– hasta la blandura reflejada en el rostro de Concepción. “Cómo eran suaves las manos del niño en aquellos tiempos”, piensa. En la arena, la multitud de manos aprieta el cerco en torno a él y su oponente, tapizando el suelo con una lluvia de papeles verdes que recuerdan las hojas de los árboles. El otro lo mira por encima, abre surcos enfurecidos sobre la tierra, esgrime la punta del pico buscando una abertura donde clavar el primer golpe. Lleva, con todo, detrás de las prótesis y protecciones metálicas que revisten su cabeza, una expresión extrañamente perdida. La gritería de las manos se vuelve cada vez más fuerte, él persigue y acompaña a su doble con absoluta simetría de movimientos. Y antes de que pensara en intentar recular, siente la presión de dos palmas en el bajo vientre y se ve súbitamente alzado al espacio, volando contra su voluntad en dirección a los filos y las dagas. Una. Dos. Tres. Se aleja jadeando después de la cuarta estocada. Se restriega los ojos, siente una veta roja y espesa escurrirle por el cuello. Mira adelante: a su imagen y semejanza, las plumas del otro también ostentan el mismo collar de sangre. “Puede ser que ella lo rescate, puede ser que lo mate”, decía Concepción. “Se trata del hijo de otra madre, nadie sabe cuáles serán sus penas”. Concepción y el niño lo sueltan en la tierra, los dominios que ahora pisa parecen expandirse a lo largo de extensiones sin límite. Atrás de una malla de hilos plateados, trenzados hasta alturas que se pierden de vista, un par de alas se erizó al presentir su llegada. Si supiese la palabra exacta para definir sus tonos y colores diría: “Madreperla”. Pero sólo más tarde la aprenderá. Atentas, desconfiadas, impávidas, en postura defensiva, las alas madreperla se disponen al ataque. Sin siquiera comprender la peligrosa línea que bordea y por la que se aventura, la atraviesa y salta. Las alas se tensan para relajarse una fracción de segundo después, anidándolo en el interior de una textura muy semejante a la de los pétalos. Una oscuridad densa y acogedora lo abraza, y se pregunta si no habrá retornado al interior de la envoltura de donde la mujer y el niño lo expulsaron. Pero allí todo era líquido, y aquí solamente



está un aire impregnado, reconocible. Además, allá no existían esos extraños seres esféricos que aquí lo rodean cubiertos por una fina pelusa amarillo – oro. En la oscuridad, se ve cercado por ojos curiosos, brillantes, pequeñitos: ojos en todo distintos de estas dos órbitas llameantes que –él lo sabe– quieren hoy, esta tarde, y a toda costa, destruirlo. El otro se enjuga con la punta de las alas el rojo que brota de su pecho, respira, afila las espuelas en el piso. Y él, al examinar reflexivo al doble y su triste figura traspasada de temblores, se da cuenta de que no queda sino una única alternativa. Atrás, a sus espaldas, ya crecen y se aproximan las manos. Detrás de él se yergue la infranqueable barrera de manos: lúgubres, callosas, insensibles. “Tarde o temprano me empujarán”, piensa. Entonces, se anticipa.

Se posa sobre el otro como dardo, clavando lo más profundo que puede las puntas de las espuelas (eran curvas, como espadas moras). Oye un estallido seco y siente algo partiéndose. Obra según lo que ha aprendido (como estaba escrito): el ala derecha es el escudo que detiene los golpes; la izquierda es la espada que silba; y del cielo y del suelo y de todos los lados el cuerpo chillará, recordando tempestades vengativas de granizo: así estaba escrito. Percibe que el otro se aparta, el rostro asustado y lívido. Con el pie derecho lo sujeta junto a sí y, manejando sabiamente la espuela izquierda, le abre en el vientre una serie de incisiones precisas. Una. Dos. Tres. Oía, podía oír algo partiéndose. Concepción contaba y partía las mazorcas, y aquellas semillas cayendo sobre él y los otros, y el color del maíz confundiendo con el de sus cuerpos, y las bocas cogiendo el alimento que se desperdigaba en la tierra y por entre las hierbas. Y ahí, circulando protectoras alrededor, desbrozando y escarbando en busca de alimento, ellas, las alas madreperla. Y cuando el sol se ponía definitivamente, cuando los hermanos se recogían detrás de la tela de los hilos plateados y la respiración acompañada de sus cuerpos era todo lo que persistía en la noche, entonces, él los veía materializarse, alzando el vuelo: pájaros con plumas de sombra, planeando sobre las paredes blancas de la cocina. Delante de las llamas del horno de leña, las manos de Concepción levantaban el vuelo. Volaban rasantes sobre el público de la casa y los vecinos, amontonados en bancos y mesas, mirando casi sin parpadear las evoluciones de aquel teatro de aves negras.

Sobre el terreno, sus pies fríos. Enfrente, el enemigo exhausto, extenuado. Opacos son los colores que colorean el mundo, la visión se vuelve borrosa y por un momento tiene la impresión de luchar contra dos o tres. Nota, sin embargo, que ahora el doble en vez de atacar le cae encima y se apoya en él como en un bastón, y que él también se deja desfallecer sobre el cuerpo del otro, ambos girando sobre un eje imaginario, pisándose y deshaciéndose en un charco hecho de su propia esencia. “No está para verse”, le dice a su reflejo en el líquido. “No está para verse”, decía Concepción. Su cuerpo yacía estirado dentro del caldero, su dorso cortado por un tajo a través del cual se escapaba el último aliento. Friccionando su piel con una cadencia impiadosa, los dedos de Concepción le arrancaban las plumas, lanzándolas al aire. La luz las atraviesa antes de que caigan; él reconoce su color, su textura, busca la palabra exacta para nombrarlas y de repente dice para sus adentros: “Madreperla”. Pues ya la ha aprendido y ahora la conoce. “No está para verse”, decía Concepción al niño. “Esta cocina está infestada”. Las tardes siguientes, los próximos días, le traían el humor cíclico de los vientos: helados, lentos, vehementes. La rueda de los vientos giraba, alrededor de ella las estaciones se sucedían, y al huir y dar la espalda a la mujer y a sus manos él se sentía capaz de pasos cada vez más largos. Las fronteras del mundo disminuyen. La tela de los hilos plateados se aproxima. Un día, para su sorpresa, se vio erguido en el aire: era su propio batir de alas. Y al posarse en una trabe de madera contempló orgulloso los dos miembros, revestidos de plumas multicolores y puntiagudas.

El doble lo mira. Como Concepción lo miraba. El doble lo rodea. Como ella, de lejos, lo rodeaba. Cuando traía la lluvia de maíz. Cuando, soterradamente, se aproximaba. Recogido en sus heridas, el doble lo estudia de reojo. ¿Cargaría como él el peso del recuerdo? El cuerpo en el caldero, las plumas pisoteadas: al recordarlas se distanciaba, volaba lejos de Concepción. Más ella insiste, invade sus dominios, abre la reja, sentada en un canto sobre la paja y ahí se enreda en reflexiones, cercándolo con el peso de la mirada. El doble cojea, tiene la pierna derecha destrozada. Las manos gritan y se estrujan en la arena. De pronto la estocada, el jalón de dos manos calientes como llamas y él sorprendido y capturado entre los nudos de aquella malla de dedos: distingue un punto en carne viva

en las palmas de Concepción, lo fustiga con una secuencia de rápidos picoteos, intentando inútilmente liberarse (el doble empalidece y se contrae).

Entran en la cocina, él erguido metro y medio encima del suelo. Desde esa altura, enjaulado entre dedos y palmas que lo sostienen, ve correr un desfile de cosas que no sabe nombrar: paños, artefactos, objetos descolgados. El pecho pulsa, late desesperadamente y tal vez por sentir e inquietarse por esas palpitaciones, las manos comienzan a bajarlo. Ya en el suelo, le ofrecen una jícara llena de granos dorados, y al probar el primero descubre que son de la misma materia de los que, tardes y mañanas, caían sobre él y sus hermanos. Come, devora el maíz, al mismo tiempo que siente rozando de arriba abajo en las plumas del lomo, la caricia de los dedos de Concepción. “No está para verse”, dice al niño que la rondaba. “Queremos estar solos”.

Terminada la vasija, las manos lo toman nuevamente. Es Concepción mostrando, hablando y enseñando nombres, descubriendo y catalogando el mundo, todo brillaba: la imagen de San Benedicto, guardián de la cocina y detrás del cual se escondían los fósforos; el cántaro del agua y junto el tarro de aluminio; paños de cocina bordados, azulejos verdes traídos del otro extremo del océano; el horno de leña, fragua que respira e ilumina; y él —a partir de aquel instante— frecuentando caminos abiertos por la mujer de cabellos-plumas-gris-plata, siguiendo sus pasos desde el rayar del sol hasta el caer del día, todos los días.

Se dice a sí mismo que si el doble continúa deambulando de esa forma ingenua frente a él —guardia abierta, alas arqueadas, pasos sin sustento ni objetivo—, es cuestión de tiempo para que todo termine. Decide esperar. La sangre del otro escurre y moja la arena. “De seguir así, pronto caerá como un saco vacío”, piensa. Mejor esperar. Sabe que también está herido, pero los años en la arena le han enseñado que, hasta cierto punto —difícil de percibir, pero cuya identificación precisa diferencia a los grandes combatientes—, había retorno y cura para cualquier herida. Observa el rastro de sangre del otro. Calcula. Atrás de la cabeza del doble, las nubes corren en el cielo, encuadran su perfil en un gran panorama azul. Era como si las formas de las nubes, sus diseños y relieves, se agrupasen y envolvieran aquella cabeza semejanado una aureola o un anuncio de sacrificio. Pero una de esas nubes-aureola oscurece, toma una apariencia puntiaguda; y antes de que pueda tomar aliento, siente algo clavarse como una lanza ardiendo en el vientre. Después de ser alzado y lanzado al suelo, después de levantarse y ver que el otro reía con una risa suicida, después de constatar cuánto eran, en verdad, agoreras las nubes y que la arena ahora se empapaba con su propia sangre, dedujo que él, también él, había cruzado el punto del no retorno.

El niño gritaba en las madrugadas. Cuando fue entregado, aún una cría, en una cesta y Concepción lo abrigaba en las

mismas sábanas en que dormía, el llanto era ahogado en gotas de agua con azúcar, filtradas una a una entre los dientes que mordían, rechinaban. Luego, con el tiempo, con el girar de la rueda de los vientos, los berridos de aquel que había crecido y pasado a la cama de al lado se intensificaron, resonando en todo su terror a las cuatro de la mañana, como el llamado de un ser aprisionado en algo que no comprendía. De nada sirvió la estatua en su cabecera: “Es de protección”, decía Concepción al colocarla; de nada servían los rezos, las bendiciones, las infusiones de salvia; los gritos resonaban, persistían, despertaban a toda la casa. Hasta que una noche, pasando la mano derecha sobre aquellos cabellos lavados por un sudor frío, Concepción sacó no sé de dónde una canción olvidada cuyo último verso era así: “Cuando duermas, cantaré”. A solas con el chiquillo entre paredes cargadas de recuerdos (sólo quedaban ellos dos, los demás habían partido), notó que descruzaba los brazos, que pendían sueltos por fin, y que todo su cuerpo se volvía al canto, se adormecía. Jaló la cortina. Espió por la ventana. Vio que la mañana, tanteando, ya se insinuaba.

Afuera, encumbrado sobre una viga, también él oía la música. Sentía que una luz gestada en las entrañas de la noche, creciendo en intensidad detrás de las crestas de los montes, iluminaba no sólo y cada vez más el terreno, el molino, la máquina para moler la caña, sino también su propio interior, lanzando hacia afuera de sí mismo algo que siempre existió: un deseo, una fuerza ancestral, un estremecimiento adormecido. Algo que ahora, por razones misteriosas punzaba, insoportablemente, más y más intenso, corriendo como un ansia por sus venas en dirección a la garganta, para entonces casi reventar en un espasmo, un arrebato, una voluntad inexorable e incomprensible. Apoyó los pies en la percha. Infló el pecho, sintió algo florecer por dentro. Vio a través de la ventana la silueta de Concepción acariciando al niño. Y, cuando el grito finalmente explotó y saltó de su garganta, retumbando sobre la cumbre de los tejados, despertando a todos los vecinos, pudo percibir que, a semejanza de la mujer en vigilia, todo su ser parecía afirmar: “Cuando duermas, cantaré”. Repetía a pleno pulmón el verso. Cantaba. El sol nacía.

El golpe pega de lleno en la cabeza del doble. Arranca la protección metálica que cubre su rostro, dispara lejos el yelmo color de bronce, lanzándolo como proyectil hacia el aire. Pero la respuesta no tarda: el contragolpe relampaguea, regresa desesperado y ahora son dos las cabezas descubiertas, los picos desprotegidos, los pares de ojos desnudos y ofuscados. Desfalleciendo en sangre, cada vez más débiles en medio de la histeria de manos que los azuzan, intercambian golpes al azar. Una a una las piezas de sus armaduras se quiebran, caen sobre el terreno y él piensa: “Parece que fue ayer”. En un ayer hoy distante y

perdido en el tiempo, seguía los pasos de Concepción por las tablas del piso de la cocina. Encorvada sobre el peso de un montón de leña, ella se arrastraba en dirección al horno, lo encendía, soplaba sobre él, lo alimentaba, sonreía al escuchar el fragor de las chispas bailando. Se sentaba contemplativa al pie del fuego, mordía un pan de maíz, dividiéndolo con la boca y las alas que reposaban sobre su regazo. No vio la silueta, oscura sobre la tela de las paredes; no notó, lúgubres y callosas, las dos manos que se acercaban. Cuando presintió el rondar del niño, pensó en decirle “No está para verse”, pero su presencia ya se desvanecía. Y mordisqueando el pan, Concepción concluyó que los gritos que le pareció haber oído, eran apenas el silbar del viento sacudiéndose en el tejado y sus vigas.

En el patio, el niño le aprieta la garganta, ahogándole el último pedido de auxilio. La otra mano desciende hasta la tierra, manosea una serie de artefactos brillantes nunca antes vistos. La mano levanta un objeto (largo, curvado, de punta afilada) y la encaja en su espuela izquierda: la pierna ahora le pesaba. Y esa sensación de peso casi intolerable recubriéndole los pies y la cabeza, presionando como un fardo el cuello, haciendo que su cuerpo –libre, suelto en el campo–, cayera y oscilara para todos lados, casi no soportando el capuchón, los escarpes y los puñales de acero. Cae. Por entre los hoyos de la cota de malla, oye risas disimuladas. Mira hacia la cocina. Quiere llamar a Concepción, comer maíz, descansar nuevamente a los pies de la mujer y de San Benedicto. Más ella no oye. Hace tiempo ya que no oye. Concepción atada, esterilizada, con la cadera inmóvil, los hombros inertes y la cabeza macilenta, sumergida en neblinas.

El golpe de su pierna izquierda acierta en la cabeza del doble, que cae de hinojos. Pero él ni siquiera percibe la caída del enemigo. Miraba hacia un ayer distante: un patio, las manos del niño que aquella tarde llevaban cortes y cicatrices que no siempre existieron. Ve un terreno limitado por alambres, en que las manos nuevamente lo levantan, pero de un modo distinto: con la técnica de un soldado y el rigor de un maestro armador. Siente al muchacho –convertido ya en eso– limpiar y pulir la vestimenta metálica. Repara en que lleva un diente de ajo entre las palmas. Acepta, pica, traga la ofrenda, un fuego quema su estómago: siente entonces un regusto subiéndole, una certeza, una rabia sorda y un ansia de pelea. La armadura de cuero y bronce es hermosa. Los entrenamientos se suceden. En una larga secuencia de atardeceres, le son revelados los golpes, las técnicas, las artimañas. Modos de sangrar y resistir. La armadura parece nutrirse de su carne, perfectamente integrada al cuello y los miembros inferiores. Ahora leve, flexible como una segunda piel, ajustada casi con minucia y el cuidado de un orfebre. El niño lo coloca en su regazo. Apunta para un círculo trazado en el patio. Juntos, caminan hacia él. Las manos lo bajan. Al mirar

hacia los lados, se siente cercado por centenas de otras manos. Pisa por primera vez en la arena, y por un momento cree estar delante de su propia imagen reflejada. Permanece estático mientras el ser frente a él se balancea: agita, como una grímpola de guerra, una cola hecha de todos los colores. Pisa en la arena. Nota con aprensión que el otro lleva espuelas curvas, como espadas moras.

El doble ya no respira. Y él, pisando por encima aquel cuerpo inerte, intenta caminar en dirección al último reflejo de la casa y de la cocina. Ve a Concepción encogida junto al horno de leña. La vieja tiembla, voltea un leño, las flamas se arrebatan, brillan, el sol se pone. Solitaria, sin el público de los días idos, Concepción eleva las manos al aire. Y él piensa: “No está para verse”. Pero observa cómo se forma el primero; sus alas, sus plumas de sombra curvadas, su dorso que levanta el vuelo trazando giros en las paredes. Concepción contempla sus propias manos. Otros pájaros levantan el vuelo: planean por el techo, por el suelo, por todos lados, semejando una parvada de aves migratorias en busca de calor. Negras como cuervos, gritan, danzan alrededor del fuego. Conforme crecen de tamaño, sus figuras recubren poco a poco el techo, las ollas, las cucharas de cobre y los ladrillos encalichados. Se extienden sobre los paños, sobre los enseres, sobre el verde oceánico de los azulejos y, unidos en un solo cuerpo, fundidos de súbito en un todo, descienden y oscurecen hasta posarse sobre el santo protector. La noche traspasa los cristales. Envuelve las hierbas. El maíz. El molino, la máquina de moler caña. Baña la tierra en tonos de madreperla. Y una cápsula, muy semejante a aquella de donde la mujer y su hijo lo expulsaron, levanta nuevamente sus paredes. Denso y oscuro, el fluido le sube por las piernas, por el dorso, por el cuello. Los contornos del patio desaparecen. Una silueta se perfila en la oscuridad. El cascarón se cierra, el último aliento escapa de raíz de sus pulmones. Intenta afianzar los pies tambaleantes, pero vacila; a la deriva, suspendido en ese líquido, alcanza todavía a oír un sonido: el rotar de la rueda de los vientos, su engranaje, su soplo glacial, avanzando por la tierra como el galope de legiones en marcha. ☒

Krishna Monteiro (Brasil, 1973). Brasileño, graduado de economía y maestro en ciencias políticas. Después de una breve carrera en el periodismo ingresó, en 2008, al servicio diplomático de su país. Ha vivido en Sudán y en Inglaterra y actualmente trabaja en la embajada de Brasil en la India. En 2015, se estrenó como escritor con el libro *O que não existe mais* (TordesilhasLivros), con el que fue finalista en el más prestigioso premio literario de Brasil, el Prêmio Jabuti, en la categoría Cuentos y Crónicas. Será editado próximamente en Francia y Rumania. Su primera novela verá la luz en Brasil, en 2018.

Paola Velasco (México, 1977). Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas y maestra en Letras Latinoamericanas. Autora de *Las huellas del gato* (Ensayo, FETA, 2006), *Veredas para un centauro* (Ensayo, UAM, 2012) y *Rotación del tiempo* (Poesía, UAQ, 2016). Coautora, con Adolfo Castañón, de *Nélida Piñón, Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo* (UDG-Alfaguara, 2005). Preparó la antología *Romances del Río de Enero y Otros poemas*, obra poética de Alfonso Reyes durante su estancia en Brasil, editada por la Universidad del Externado de Colombia, en 2017.